

sic

EDITORIAL

LA IGLESIA Y

LOS SIGNOS DE LOS TIEMPOS

La Iglesia está en el mundo, pertenece a su historia. Sujeta al tiempo entre cuyos espirales se despliega su misteriosa actividad salvadora, se siente, hoy más que nunca, íntima y realmente solidaria del género humano y de su historia".

"Para lograr este intento (de salvar el mundo) es deber permanente de la iglesia —afirma el Concilio Vaticano II— escrutar a fondo los **signos de los tiempos** e interpretarlos a la luz del Evangelio para que, acomodándose a cada generación, pueda responder a las perennes preguntas de la humanidad sobre el sentido de la vida presente y futura y la mutua relación entre ellas. Es necesario, pues, conocer y comprender el mundo en que vivimos, sus esperanzas, sus aspiraciones y su dramática manera de ser." (Iglesia en el mundo de hoy, N^o 4.)

Fue Juan XXIII, tan cerca del mundo de hoy y de su tensa problemático, quien recogió, principalmente en la "Pacem in terris", esta frase: "**signos de los tiempos**", de tan honda resonancia bíblica y cristológica. El Concilio Vaticano II desarrolló parcialmente su contenido en la Constitución Pastoral "Gozo y Esperanza" sobre la Iglesia en el mundo.

Creemos que no siempre ha reconocido la Iglesia los **signos de los tiempos** (Congar). Sus hombres no siempre supieron percibir la voz de Dios a través del trueno o del torrente del cambio histórico. El hoy cardenal Cardjin, apóstol de la juventud obrera, había verificado el mismo fenómeno treinta años antes en el mundo obrero.

¿Supo encontrar la Iglesia "**los signos de los tiempos**" en el romper de la moderna civilización industrial, en la hora amarga del nacimiento de la clase obrera? ¿Supo hacerlo poco después en la hora triste del nacimiento de los imperialismos décimonónicos? ¿No alzó el rastrillo sobre el foso de su casa fuerte para aislarse del mundo peligroso y proceder a la "restauración" de la casa?

La Constitución "La Iglesia en el mundo" ha analizado con acierto las características del mundo de hoy. Este se caracteriza por la "mutación sociológica", por una serie de cambios rápidos y profundos. Una verdadera transformación socio-económica, cultural y aun ético-religiosa que no afecta tan sólo el rostro de la humanidad actual, sino lo más profundo de su ser.

Cambio global: en el orden socio-económico (civilización industrial, desaparición de la sociedad rural, emigración, socialización, **desarrollo**); en el campo psicológico, moral y religioso (conciencia insegura y atormentada, insensibilidad moral, impaciencia de la juventud por participar en la vida pública, depreciación de las instituciones tradicionales, ateísmo, un humanismo sin Dios...).

Nuestro mundo está marcado particularmente por el signo negativo de los desequilibrios y desniveles: pueblos super-saturados y super-desarrollados y pueblos infra-desarrollados y con niveles de vida bajísimos, hambre y super-producción, desnivel entre técnica y conciencia moral, tremendos desajustes familiares, discriminación racial, antagonismos políticos... Pero pujando con el signo negativo de los desequilibrios existe el positivo de una sociedad en cambio, impaciente por superarse, ansiosa de saber, de desarrollarse plenamente. Vivimos una fase de hirviente fermentación que no dudamos dará un mundo nuevo y mejor.

Mundo e Iglesia en Latinoamérica y Venezuela

Este proceso de mutación se actualiza sensiblemente en América Latina. El canónigo Boulard resume así algunos de los rasgos fundamentales del cambio que hace años está observando en Latinoamérica:

a) **La aparición de un hombre nuevo**, ansioso de cultura, con afán de superarse y de viajar; es sincero y franco, a veces con crudeza, y no acepta valores de nombre o puras fórmulas;

b) **En el aspecto colectivo** hay un afán universal de promoción humana y un esfuerzo tenso, casi violento, por un nuevo orden social. En todas partes las gentes se agrupan para resolver sus problemas, hay una gran sensibilidad ante la injusticia social y una aspiración cada vez más intensa hacia un mundo más justo y fraternal.

Paulo VI subrayó en su exhortación del 24 de noviembre de 1965 al Episcopado latinoamericano, al analizar este proceso de cambio, "la impaciencia justificada" de mejoras socio-económicas de las masas, la presencia terriblemente activa de las fuerzas de desintegración social y, particularmente, la criminal irresponsabilidad de los que "permanecen cerrados al soplo renovador de los tiempos y se muestran faltos no sólo de sensibilidad humana, sino también de una visión cristiana de los problemas que se agitan a su alrededor".

Esta fase de fermentación común a todo el continente la vive Venezuela con una intensidad que se hace violenta a veces. Venezuela es un país de **hombres nuevos**. Hace diez años eran 52.420 los jóvenes de ambos sexos

que estudiaban secundaria. En el curso 1965-1966 su número llegaba a 189.000.

En el aspecto colectivo, además de la vertiginosa urbanización, es sintomático el creciente número de sindicatos, cooperativas y la integración comunal. Por citar sólo los sindicatos agrarios, eran 2.581 no hace mucho. Las cooperativas urbanas registradas en el Ministerio de Fomento que en 1960 eran 17 se convierten en 242 cuando se redactan estas líneas.

Nuestra Iglesia no supo tal vez reconocer los signos de los tiempos hasta un pasado reciente. A la Iglesia de Venezuela de hace cuarenta años se refería duramente un observador extranjero que la estudió señalando que "en ningún país (latinoamericano) la pérdida de influencia comenzó tan pronto y fue tan completa como en Venezuela... y actualmente no tiene ningún poder... y su influjo social es mínimo...", "la actitud acostumbrada hacia ella es de indiferencia y desprecio..." (Mary Watters).

Venturosamente, ya han pasado los tiempos, no demasiado lejanos, en que, según la controvertible afirmación de un gran escritor eclesiástico, moría un obispo "en la placidez de un espíritu sencillo que tal vez no se dio cuenta de la magnitud del destino que las contingencias de los tiempos le depararon." La última carta pastoral del Cardenal Quintero —tan a tono con el Concilio y las preocupaciones de la Iglesia de hoy— y el eco unánime que tuvo en todos los sectores del país, indican a las claras que Iglesia y mundo palpitan en nuestro país en un común latido.

La tarea del cristiano, hoy

Es la Iglesia entera (obispos, sacerdotes, laicos) la que debe insertarse en el proceso de desarrollo en nuestros países. No sólo debe ser el apoyo y la promotora del desarrollo integral en América Latina, ha escrito Paulo VI a los Obispos latinoamericanos reunidos en Mar. del Plata, sino ser su alma, y debe preparar a sus hijos para que sean dentro de la sociedad activos agentes de las profundas reformas de estructuras que se necesitan.

Si la misión de los pastores es, además de proyectar la luz del Evangelio sobre el mundo, "crear en la conciencia cristiana una actitud activa de responsabilidad y participación" (Paulo VI), les incumbe a los seglares "estar presentes en el proceso del mundo en fase de aumento y desarrollo".

Debemos reconocer que hay muchos católicos ausentes de este proceso y algunos que lo quieren frenar, pero van siendo legión los que en la política, en las cooperativas, en los sindicatos, en las organizaciones de ayuda a la comunidad, en los organismos del Estado, en las universidades... están activamente presentes, traduciendo en obras de bien común su fe cristiana. Sin ellos difícilmente se realizaría el desarrollo integral y el cambio quedaría reducido a un proceso socio-económico deshumanizado y deshumanizador.

También entre nosotros **desarrollo** es sinónimo de **paz**, y difícilmente se conseguiría ese "ambiente social ordenado", esa "convivencia" de que tan expresivamente habla el Cardenal Quintero, sin los debidos cambios de estructura y la integración efectiva de nuestras grandes masas de marginados en un proceso integral de desarrollo comunitario.

Quisiéramos que los católicos seglares revisaran sus conceptos a la luz de estas enseñanzas de la Iglesia y que se decidieran a "aportar lo mejor de sí mismos" (Paulo VI) a este proceso de desarrollo. Tienen una grave responsabilidad sobre sus hermanos y un día Dios les pedirá cuentas de ella.

Hay unas proféticas palabras de la Constitución sobre la Iglesia en el mundo que quisiéramos quedaran como punto de reflexión y profundización para los cristianos, laicos y eclesiásticos:

"Se puede legítimamente pensar que el porvenir pertenece a los que saben dar a las generaciones venideras razones para vivir y para esperar."

J. M. G.